

PERSPECTIVA ECONÓMICA EN LA REALIZACIÓN DE CRÍMENES SERIALES

ECONOMIC PERSPECTIVE IN THE COMMITMENT OF SERIAL CRIMES

Llull Casado, Verónica¹

RESUMEN

El presente trabajo se inscribe en el marco de la investigación en torno de la función psíquica del crimen, tomando –en esta oportunidad– como objeto de estudio, la variable económica especificada en las dos dimensiones ya localizadas con anterioridad (pérdida y ganancia de goce).

Toma la referencia conceptual de crímenes por lubricidad, proveniente del campo de la psicopatología forense, y elucida a partir de allí una modalidad económica específica que no se ordena en los términos binarios en los que pueden leerse los crímenes de la psicosis o bien, los delitos sexuales de la perversión.

Recurriendo a la referencia casuística proveniente de la criminología en el estudio de los delitos cometidos por Kemper, Dhamer y Bundy, circunscribe la modalidad económica específica concerniente a las evisceraciones, trepanaciones y mutilaciones propias de este tipo de crímenes.

Palabras clave:

Crimen serial, Economía, Libidinal.

ABSTRACT

The present work is part of the research framework around the psychic function of crime, taking -in this opportunity- as an object of study, the economic variable specified in the two dimensions already located previously (loss and gain of enjoyment).

It takes the conceptual reference of crimes by lubricity, from the field of forensic psychopathology, and elucidates from there a specific economic modality that is not ordered in the binary terms in which the crimes of psychosis can be read or, alternatively, the sexual crimes of the perversion.

Using the casuistic reference from criminology in the study of the crimes committed by Kemper, Dhamer and Bundy, it circumscribes the specific economic modality concerning the eviscerations, trepanations and mutilations typical of this type of crime.

Keywords:

Serial crime, Libidinal, Economy.

¹Universidad de Buenos Aires (UBA), Facultad de Psicología, Instituto de Investigaciones. Email: verollullcasado@gmail.com

Este trabajo se inscribe en el marco de una investigación por la función psíquica del crimen en la economía libidinal. En este sentido, la variable económica tiene una importancia central a la hora de cernir la función psíquica que pueda tener para un homicida o bien un agresor sexual la comisión de su crimen o el ataque contra su víctima.

MÉTODO

Objetivar la variable económica condujo a la investigación a la delimitación de las nociones con las que se abordaron los casos criminológicos orientando la lectura de los mismos desde la pregunta por el goce –o más precisamente, los goces– que era posible identificar en algunas de las conductas criminales tales como homicidios y agresiones sexuales.

En tal sentido se avanzó en la operacionalización de la variable económica en torno de dos dimensiones. La dimensión regulatoria del goce y la dimensión de ganancia. La clave de la distinción de ambas dimensiones en términos teóricos estuvo dada por la diferencia conceptual entre uno y otro goce.

Se precisó así que, el goce que algunos crímenes intentan extraer a fin de hacer cesar (en el cuerpo o en el pensamiento) no es otro que el goce característico de la psicosis (localizado a nivel de la erogeneidad imposible del cuerpo o del Otro y su maldad). Mientras tanto se pudo avanzar en la delimitación de un goce diverso a ese identificado en torno de la función del mal, ese otro goce, pudo acercarse más a un goce al que, por ejemplo el agresor sexual, se procura acceder. Lejos de tratarse allí de un goce perturbador de la economía subjetiva, ese otro goce se presenta en esos casos como una ganancia de algún modo vinculada al placer. Se ordenó entonces la distinción en torno del menos o el más. Un crimen (entendiendo por tal tanto a un homicidio, una lesión o bien una agresión sexual) puede implicar para quien la ejecuta en algunos casos un menos de goce y en otros, un más. Es decir, puede introducir una regulación vía extracción de un goce invasivo o bien una ganancia vía producción de un plus de satisfacción.

Para estos últimos casos se utilizó la noción de plus de goce a fin de cernir en torno del objeto (y del recorrido en torno de éste) la cuestión de la satisfacción como recuperación de una satisfacción –sin embargo, se verá no siempre se trata de la recuperación de un goce perdido. Y he aquí la novedad que introduce cierto tipo de crímenes y sobre la que este artículo intentará echar luz.

Sobre esa base, se delinearon entonces dos posibles modalidades: los crímenes de la psicosis, realizados como vías de extracción del goce invasor, los crímenes de la perversión situados como modos de obtención de un goce buscado como ganancia. La maniobra pedófila constituye la más ilustrativa vía de ejemplificación de esta última modalidad. El punto de complejidad estuvo dado por aquellos crímenes cuya modalidad económica implicó la producción de un goce como ganancia –no asentado sobre el trasfondo económico de la pérdida estructural y, vinculado por tanto, a una dimensión del placer no regulada en términos fálicos. He aquí la novedad que se mencionaba líneas arriba y que será el eje de esta discusión.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

El avance de la investigación y el trabajo con la casuística condujo a la organización de las categorías en torno de las dos dimensiones arriba especificadas.

Homicidios y lesiones episódicas no seriales pudieron leerse en los términos de la extracción del objeto. La dimensión económica de la extracción permitió entonces conceptualizar la función del crimen como regulatoria. Se trató lógicamente de delitos cometidos bajo la modalidad del pasaje al acto psicótico.

Del otro lado, se situaron fundamentalmente los delitos de naturaleza sexual producidos a repetición (agresiones sexuales usualmente no seguidas de homicidios). Implicaron escenas de avance sobre el cuerpo de la víctima en algunos casos estrictamente vinculadas al campo de la perversión –fundamentalmente pedófila– dedicadas a producir un goce buscado.

Ahora bien, tal como se adelantara líneas arriba, cierta modalidad de crímenes –no necesariamente seriales– que han sido descriptos tempranamente por Krafft Ebing (1886) como asesinatos por lubricidad parecen centrar la cuestión del goce en el eje de la discusión obligando a reconsiderar el establecimiento de las categorías precedentes. El célebre caso de Jack el destripador, estudiado por diversos autores provenientes de distintas disciplinas, parece ilustrar tempranamente y mejor que ningún otro esta categoría (Bielba, 2007; Delgado, 2016; Boiza, 2022).

Sin embargo, sin ánimos de cernir la práctica criminal que aquí convoca al campo irrestricto de la evisceración, se habrán de tomar otras referencias provenientes de la criminología contemporánea con el objeto de precisar la cuestión económica en juego en cierto tipo de delitos (usualmente contra la integridad sexual y la vida –los primeros seguidos de los segundos).

Así, cuando Edmund Kemper avanza sobre los cadáveres a los que intenta poseer ejerciendo sobre ellos algunas maniobras macabras destinadas a producir un placer mayor –en una suerte de técnica exploratoria; o bien cuando Jeffrey Dahmer trepana a los suyos –quizás empujado por una avidez investigativa similar; o bien cuando Ted Bundy descuartiza los cadáveres de las mujeres a las que atacó o las muerde con una ferocidad singularísima, ¿no ocurre acaso que el goce que allí se busca se sitúa no sólo más allá de cualquier medida sino incluso más allá de la lógica misma del principio del placer? ¿De qué orden sería allí esa lubricidad a la que apela Krafft Ebing para describir estos homicidios cuyas prácticas con los cuerpos –y frecuentemente, con los cadáveres– parece tornarse paradigmática?

Quizás pueda hallarse una pista inicial en uno de los autores contemporáneos que más lúcidamente interroga la fenomenología de la psicosis. Tomando la referencia de ciertas prácticas sexuales con cadáveres sostenidas de un fantasma necrófilo, Maleval (2011) sitúa allí un goce que no se orienta por la común medida. La pregunta que se impone es: ese goce que el autor localiza como siendo del orden de un más allá del falo, ¿será posible leerlo con la lógica del plus de gozar, propia del campo de la neurosis y extensible con sus matices al campo de la perversión?

¿O acaso pueden estos otros casos, ofrecernos un goce que conduzca a esta investigación a avanzar hacia una nueva categoría?

La semiología del crimen (de su escena y su escenario) introduce allí el camino para dilucidar el enigma. Es preciso estar atentos y saber escuchar los testimonios que estas subjetividades –frecuentemente catalogadas como malvadas o monstruosas– brindan sobre su relación con ese goce que se les presenta irreductible e indomeñable. Allí el homicida no busca el ejercicio del sadismo. De lo que se trata es de otra cosa, de un orden menos binario. No alcanzan el más o el menos para pensar esa modalidad del goce como algo que debe ser extraído como regulación o bien producido como una ganancia –localizable en los términos de un objeto perdido y recuperado.

La evisceración del cuerpo, pero también la mutilación de los cadáveres, la trepanación, parecen más bien situar lo imposible de la localización de un goce que concierne no sólo al más allá del falo sino tal vez, a un más allá del objeto –en términos del objeto *a*, siempre parcial –y fundado lógicamente sobre el hueco de una pérdida estructural.

En otro lugar (Lull Casado, 2021a, 2021b) se ha analizado este tipo de crímenes desde la perspectiva temporal. Interesa aquí analizarlos desde la perspectiva económica. Es decir, ¿qué implican estos crímenes en la estructura subjetiva de administración del goce? ¿Alcanza con apelar a una lógica de débito o ganancia?

¿Qué hay en esos crímenes (homicidios y ataques sexuales) en términos de la economía libidinal de Kemper (Roseswood, 2015)? ¿Acaso esas prácticas necrófilas orientadas por la búsqueda de un goce que parece situarse más allá del falo no permiten incluso situar –como se anticipaba líneas arriba– un goce no localizable siquiera en la perspectiva del objeto?

Esto es, si se tratara de un goce localizable a nivel del objeto, parecería en juego la dimensión de la parcialidad. Sin embargo, la particularidad de los asesinatos por lubricidad pareciera dar cuenta de otra lógica. La voluptuosidad que les concierne se presenta incluso como más absoluta que la de un goce concerniente al *a*.

Si hay algo que caracteriza la dimensión del plus de gozar entendido como lo plantea Lacan (1969) es la noción de pérdida. El plus de goce implica en su fundamento la extracción del objeto. El *a* está perdido. La extracción del objeto se sitúa como la condición de posibilidad de cualquier pérdida y recuperación.

En los avances de Jeffrey Dahmer sobre el cuerpo de sus víctimas, ¿no parece situarse sino la imposible localización del *a* como perdido? Esa búsqueda de este estado límbico entre la vida y la muerte, la trepanación como método de alcance de ese goce situado más allá del falo, ¿no testimonia acaso sobre una imposible localización del goce a nivel del objeto? (Ressler & Shachtman, 1998).

La mordida de Ted Bundy, feroz, brutal, necrófila, ¿puede pensarse en torno de la dimensión oral, parcial y recortada del *a*? ¿O acaso esa bestialidad propia de un empuje que no pareciera ordenarse por el recorrido de la pulsión daría cuenta más bien de un *drang* que no logra situar el hueco, el vacío, ni mucho menos, la pérdida en torno de la cual

realizar su recorrido erótico? (Berlinger, 2019).

Se trata de prácticas que –lejos de ordenarse en torno de la común medida fálica– parecen situarse de modo singular y desmedido por fuera de cualquier localización parcial posible. El sin límites aparece incluso evidenciado más allá de la carencia de regulación fálica. El ímpetu del goce buscado no se deja cernir si quiera en los términos de la parcialidad del objeto *a*. No es el objeto extraído en falta y perdido el que comanda la búsqueda del goce. No se trata allí de un reencuentro motorizado desde la experiencia de la castración (reprimida o desmentida).

Más bien, eso que parece presentarse como un fantasma perverso comandando una puesta en acto de ese orden, no hace otra cosa que testimoniar sobre un funcionamiento psicótico, sobre una economía libidinal que no se rige por el principio de extracción del *a* y mucho menos se ordena en los términos de la falta y la pérdida (localizable a nivel del complejo de castración).

Tanto Bundy como Dahmer carecen de cualquier intención sádica respecto de sus víctimas. Bundy mata muy rápidamente, y todas sus incursiones con relación a las víctimas son posteriores a sus muertes. Se trata de un necrófilo. En el caso de Dahmer, si bien la muerte suele ubicarse al final del recorrido de ciertas tentativas de experimentación con el cuerpo de sus víctimas, él mismo plantea que intenta hacerles el menor daño posible –y que, de hecho lo detiene la percepción del dolor de la víctima. No se trata en ningún caso de una maniobra perversa de carácter sádico.

Por otra parte, ambos coinciden en situar cierta búsqueda de posesión absoluta con relación a sus víctimas. Las mujeres del primero, los hombres del segundo, con sus muertes, pasan a formar parte de ellos. Hay allí cierta idea de unión extrema, de comunión, de identidad garantizada por la muerte y –particularmente en el caso de Dahmer, por la ingesta de algunos trozos de cadáveres– que parece venir a indicar un funcionamiento psicótico.

En Kemper, la búsqueda parece quedar estrechamente ligada a la obtención de un goce sexual también vinculado a la experimentación con el cuerpo –como si se tratara de la invención de una voluptuosidad singularísima ahí donde falta la dimensión del erotismo. Nada de la voluptuosidad de Kemper parece testimoniar sobre la parcialidad de la pulsión y sus vicisitudes.

En cualquier caso, se trata de una modalidad de acceso al goce no orientada por la castración. La posesión absoluta, el control absoluto, la invención de un nuevo y más completo goce sexual –el carácter especialmente desmedido de estas prácticas– la puesta en acto de fantasmas no regulados por la significación fálica, parece ir en la línea de testimoniar sobre un goce situado más allá del falo –como ordenador. La megalomanía de Bundy parecería ir también en esa dirección.

Una disquisición aparte merecería el detalle –para nada menor– de la puesta en acto del fantasma necrófilo –típicamente psicótico (Maleval, 2011). Sin embargo, tal como sitúa el autor francés, se trataría de otro elemento más a ubicar en la lista de los elementos que parecen constatar el funcionamiento psicótico de estos homicidas seriales. Pero entonces, de ser así, dónde situar la especificidad de

estos crímenes desde la perspectiva económica. ¿Será posible localizar allí un fantasma perverso sosteniendo la producción de un goce? ¿Dónde residiría la perversión de estos crímenes –al menos cómo especificarla? Tal como parece desprenderse de sus testimonios y de los argumentos esbozados, estos crímenes no parecieran explicarse por la vía de un fantasma perverso en una estructura psicótica. El Otro de estos criminales no es un Otro que no desfallece –tal la fórmula con la que Lacan (1969) orienta la clínica de la perversión. En todos ellos, el goce al que buscan acceder se sitúa por fuera de la perspectiva sádica –por eso las prácticas que podrían considerarse crueles se ejecutan sobre el cuerpo de los cadáveres o bien, se sostienen de incursiones en las que se busca anular la conciencia de la víctima. No hay ningún indicio de sadismo.

En todo caso, lo que pareciera quedar situado en el fundamento de las prácticas por las cuales se produce el espeluznante tratamiento de los cuerpos de las víctimas –mutilación, trepanación, evisceración y otros despedazamientos de los cadáveres– podría pensarse tal vez desde la crueldad. Ahora bien, la crueldad tiene otra lógica económica que la del sadismo (Llull Casado, 2020).

La crueldad, como actividad de una pulsión no recortada en torno del objeto parcial en su articulación con la castración, de lo que da cuenta más bien es de una modalidad primitiva, previa a cualquier identificación posible con el semejante. La crueldad lisa y llanamente le permite a Freud (1905) situar el fundamento pulsional de una actividad previa a la lógica del narcisismo y el registro del *nebenmensch*. Tal vez haya que pensar que lo que acontece en cierto tipo de crímenes –muchas veces seriales– puede estar al servicio de una actividad pulsional que no se ordena en los carriles de la significación fálica –ni tampoco en torno de la parcialidad del objeto perdido y que –desconociendo el registro del narcisismo, fundacional del reconocimiento del semejante– avanza sobre el cuerpo del otro sin que medie allí ninguna función de límite. Quizás al modo de una primitiva pulsión de apoderamiento.

Sin embargo, en el testimonio de estos asesinos, la tentativa de dominio, de posesión, de control sobre el cuerpo de la víctima pareciera estar ligada a una idea más megalómana –es decir, lejos de presentarse como una simple búsqueda de apoderamiento motriz, el mismo pareciera estar ligado a una significación de tinte más delirante. Ideas que parecieran acercarse a estos homicidas a alguna mística comunión –con Dios...

En estos casos, lo que pareciera ubicarse en la causa de la serialidad criminal desde una perspectiva económica sería tal vez esa constante inclinación en la búsqueda de ese goce no localizable a nivel del falo –como un persistente empuje en la vía de la obtención de una ganancia de placer no localizable a nivel del órgano. Un más allá del falo y un más allá del objeto mismo. Más allá de la medida fálica y de la parcialidad del *a* incluso. He ahí la clave para pensar tal vez la cuestión del goce en estos casos.

La crueldad luego viene a explicar el por qué es posible cierto tipo de avance sobre el cadáver, cierta modalidad de tratamiento de la víctima que ataca la imagen narcisista del cuerpo sin miramientos por cualquiera de los diques

psíquicos que a nivel de la neurosis depararían una inhibición de la meta. Cuando el narcisismo –en su constitución misma articulada a la dimensión de la significación fálica– no opera, no hay ninguna posibilidad de identificación con el otro a nivel de la vida. Por eso, en muchos casos, sólo la muerte aporta esa posibilidad.

Sin embargo, la crueldad no opera allí como la base de la motivación criminal. Lo que sigue estando en juego allí es de índole económica. De lo que se trata es de una satisfacción –voluptuosidad– situada más allá de los elementos con que la estructura ordena el goce tanto en el campo de la neurosis como de la perversión misma.

Los crímenes sexuales contra niños –violaciones seguidas de homicidio– permiten muy bien ubicar la diferencia crucial con el campo de la pedofilia y la estructura económica en juego.

COMENTARIOS FINALES

Del recorrido realizado hasta aquí se desprende un reordenamiento en torno de la variable económica y de la lógica binaria en torno de la cual se organizara la lectura de los crímenes. Más allá de la dimensión regulatoria articulada a la extracción del objeto y la dimensión de producción de una ganancia como plus de goce, surge en este camino metodológico, una modalidad que hace estallar las categorías tal como estas se habían venido trabajando.

La referencia a los crímenes denominados asesinatos por lubricidad permite situar muy claramente esa modalidad homicida cuyo avance sobre el cuerpo de la víctima –e incluso cuyo tratamiento del cadáver– debe pensarse en relación con un goce situado más allá del falo y del objeto *a*. Mutilaciones, trepanaciones, evisceraciones, permiten identificar cierta modalidad de avance –no sádico– ligado a la producción de un goce situado más allá del campo de la perversión y no asentado sobre la expectativa regulatoria del pasaje al acto esquizofrénico.

La investigación ha permitido por tanto localizar distintas modalidades de goce al interior de la diversidad criminal así como ha logrado situar el crimen como un modo de hacer con cada modalidad de goce presente al interior de cada economía subjetiva.

APENDICE

El recorte del caso Jeffrey Dahmer¹

El rasgo distintivo de los ataques de Jeffrey Dahmer a jóvenes pertenecientes a minorías étnicas estadounidenses no residía tanto en la brutalidad del sometimiento sexual en sí, sino que descansaba sobre todo en lo peculiar del tratamiento del cuerpo de la víctima (Tendlarz & García, 2008). El delirio, expresado en acto, que lo orientaba en la búsqueda de un estado de pérdida de la conciencia en la que el cuerpo del partenaire no estuviera al límite de la vida, sin estar aún muerto, y la experimentación, tal como la trepanación, singularizó sus crímenes con el sello de lo espeluznante.

¹Según fuera trabajado en el artículo oportunamente referenciado (Llull Casado, 2021b)

En la célebre entrevista que concedió a Robert Ressler (Ressler & Shachtman, 1998) Dahmer logró precisar el punto de inicio de su escalada criminal. Localizó el mismo en la aparición de una fantasía, de carácter sexual, vinculada a acceder a un joven que se encontrara haciendo dedo al costado de la ruta.

Fue esta fantasía inicial la que lo condujo en la búsqueda de los jóvenes a los que, luego de alcoholizar, sometía sexualmente, para finalmente, acabar por experimentar con sus cuerpos, y cadáveres, en busca de ese delirante estado inalcanzable, límite entre la vida y la muerte.

Se torna aquí necesario apelar a las categorías con las que se viene trabajando en términos temporales para situar el doble movimiento suspensivo y conclusivo de la serie.

Así, la referencia criminológica, permite dar cuenta de estas dos dimensiones de la temporalidad (conclusiva y suspensiva) que intervienen en el crimen y conducen a cernir dos aspectos distintos del mismo fenómeno al tiempo que permiten leerlo desde una perspectiva sincrónica y diacrónica.

Por un lado, desde una perspectiva sincrónica, la dimensión conclusiva por la que el crimen serial se presenta como el momento culmen de realización de la fantasía que comanda la experiencia del ataque e implica en este punto, un momento resolutorio respecto de la perturbación o empuje inicial vinculado al goce.

En el caso puntual de Dahmer, se verifica cómo, el crimen no logra adoptar un estatuto verdaderamente conclusivo, en el punto en el que, el homicidio mismo, no constituye el punto final. Tras la muerte de la víctima, continúa el tratamiento del cadáver.

Por el otro, desde una perspectiva diacrónica, la dimensión suspensiva, por la cual, cada crimen testimonia sobre la conclusión imposible y sobre la imperiosa necesidad de acceder a un nuevo crimen. Desde esta perspectiva, cada crimen de la serie da cuenta de lo intramitable del goce y de la dimensión de empuje del mismo, que mueve al sujeto más allá de cualquier puntuación posible. En esta línea, cada intervalo permite localizar esa dimensión del sujeto por la cual, lejos de situarse en una escena fría (enfriamiento), el homicida se instala en un tiempo de evocación que, imposibilitado de tramitar el empuje, conduce nuevamente al crimen.

Dahmer constituye una referencia ilustrativa bien precisa de lo intramitable de la sexualidad. Lo imposible de inscribir con cada crimen arroja al sujeto a la búsqueda de una nueva víctima, lo empuja hacia la comisión de un nuevo crimen, vivido cada uno como una nueva experiencia.

El recorte del caso Edmund Emil Kemper²

Inicialmente Edmund mata a sus abuelos al comienzo de su adolescencia. El mismo describe esos homicidios como expresivos de la violencia y el odio acumulado en la relación con su madre (Douglas, J. & Olshaker, M., 1995). Luego de eso, tras ser internado por siete años, egresa a sus veintiún años, y se produce entonces su iniciación sexual. Es posible a partir de aquí intentar armar una cierta se-

cuencia. 1- Despertar sexual a los quince años, homicidio de sus abuelos. 2- Iniciación sexual posterior a su alta, comienzo de la serie de homicidios de jovencitas. Hay algo en la sexualidad con lo que a Edmund no le resulta fácil lidiar. Parece que el cuerpo le exige una tramitación para la que no halla tan sencillamente una respuesta (Lacan, 1955). Las muertes, ¿vendrían a introducir ahí alguna solución?

La lógica de ambas escenas impresiona ser la misma: frente al acuciante acicateo del cuerpo y la sexualidad, algo se desestabiliza, y se producen los homicidios.

El homicidio de sus abuelos lo arranca de la escena social a la que se precipitaba en los albores de su pubertad y lo mantiene alejado del mundo por siete años, encerrado, a resguardo de la contingencia amorosa y el lazo social.

Posteriormente, ante su iniciación sexual, tras cada discusión con su madre, acontece la búsqueda de una víctima. Sin embargo, más allá del carácter aparentemente conclusivo de cada asesinato de cada jovencita, la serie se encuentra allí, aportando una dimensión de suspenso que logra aplazar el acto. El otro acto. El homicidio final.

Será allí donde intervenga nuevamente la dimensión conclusiva. Un día, tras una nueva discusión con su madre, Ed pasa al acto matándola. Ultraja su cadáver y posteriormente lo decapita. Mata luego a la amiga de su madre y se entrega a la policía. Kemper pide que la ley detenga lo que su propio trabajo de delirio en acto no logra hacer.

El homicidio de su madre y la amiga de ésta constituyen para Kemper el final. El asesino –que sabe que lo intramitable no cesa de no inscribirse (Lacan, 1973)– reclama la represión.

Ahora bien, desde una perspectiva sincrónica –como se ha dicho– cada crimen, sea los de sus abuelos o su madre, como los de las jovencitas, dan cuenta de una modalidad a través de la cual se intenta resolver algún empuje perturbador que se encontraría en la base –el crimen se presentaría desde esa perspectiva en una dimensión de apariencia conclusiva.

Sin embargo, desde una perspectiva diacrónica, es posible establecer una suerte de evolución o dinámica –una especie de movimiento, de cierta progresión– en el ejercicio de la acción criminal homicida. En este sentido, y desde esta perspectiva, se vio que es posible atribuir a la serie de jovencitas muertas un estatuto novedoso en el historial criminal de Kemper. Así, esta sucesión por momentos inacabables de jóvenes muertas y ultrajadas, pareciera adquirir todo su valor en relación con las marcas inaugurales de los primeros crímenes perpetrados.

De este modo, esta serie de homicidios a jovencitas pareciera venir a situarse como un tiempo de comprender imposible. Vale decir, entre el asesinato de sus abuelos, y la muerte posterior de su madre y la amiga de ésta, Edmund se sitúa en ese tiempo en el que cada nuevo homicidio intenta tramitar lo intramitable de una sexualidad desamarrada de la lógica edípica.

Así, esta perspectiva diacrónica permite precisamente leer el historial criminológico de Kemper desde sus inicios hasta el final.

He ahí una cuestión peculiar que no es tan fácil de localizar en otros crímenes –en apariencia– de igual naturaleza. Los

²Según fuera trabajado en el artículo oportunamente referenciado (Llull Casado, 2021a)

dos primeros homicidios del historial criminal de Ed vienen a situar una especie de momento inaugural. En la lógica que se viene trabajando podría llamarse a ese tiempo como un instante de ver. Entra en la vía de un despertar iniciático vinculado al despliegue de la pubertad.

Edmund se acerca a sus quince años, no ha tenido aún su iniciación sexual, cuando pasa al acto dando muerte a sus abuelos. En ese sentido es que es posible plantear ahí un despertar. Hay un momento inaugural que habrá de marcar seguramente el camino hacia el desarrollo posterior.

Hay una especie de latencia posterior vinculada al encierro de Edmund en una clínica psiquiátrica durante siete años, y luego, tras el egreso, es posible ubicar el desencadenamiento de la serie de homicidios y ataques sexuales a jóvenes universitarias.

Ahí es donde es posible situar, desde esta perspectiva, todo este despliegue criminal como un imposible tiempo de comprender –en el sentido de una comprensión, una tramitación imposible– por la que el joven intenta localizarse en una escena que le permita dar algún cauce al empuje sexual incestuoso.

Aquí es también donde se hacen presentes los recurrentes y trillados análisis sobre el valor de estas jóvenes vinculadas de algún modo al objeto materno (jóvenes pertenecientes al campo universitario, espacio de trabajo de su madre). En este marco es que, la hipótesis sobre el tránsito de un tiempo de comprender –entendido como una tramitación simbólica imposible– se torna más aceptable.

No sólo el homicidio de sus víctimas y sus ataques sexuales. El tratamiento de sus cuerpos, de los cadáveres, las prácticas parafilicas (necrofilicas incluso), una sucesión interminable de avances sobre el cuerpo del partenaire que parecieran dar cuenta de esa asunción imposible de la sexualidad humana (Maleval, 2011).

El recorte del caso de Ted Bundy

Las conversaciones con Ted Bundy nos refrescan algunas de las preguntas que no encuentran respuesta en el diagnóstico de psicopatía. No alcanza con la ausencia de empatía –si quiera con el gusto por la crueldad– para explicar la variada combinación de parafilias que condensa este asesino en serie.

¿Cómo explicar –más allá de la crueldad y la necrofilia– el tratamiento de los cuerpos una vez que estos podían ser considerados cadáveres? La decapitación, mutilación, seccionamiento de los cuerpos –no necesariamente vinculada a la intención de ocultamiento de las evidencias criminales– parece abonar la tesis de una lógica de otro orden. Si bien es cierto que la psicopatía permite dar cuenta de la insensibilidad propia de este tipo de asesinos, lo cierto es que tal categoría no alcanza para otorgar coherencia a una suma de maniobras desplegadas en torno del goce y que estarían más bien dando cuenta de una posición particular del sujeto en relación al cuerpo.

El documental (Berlinger, 2019) muestra la reconstrucción de la historia de lo que habría de ser un niño rechazado por el deseo de la madre que –en su imposibilidad de abortarlo por sus creencias religiosas– lo habría tenido, ocultándole su filiación.

Describe así a un niño con dificultades en el habla y en el lazo que se complacía en cazar ranas –como más adelante hallaría su satisfacción en la cacería de mujeres. Refiere el romance frustrado de un joven Bundy que parecería estar en el punto inmediato anterior del inicio de la serie de homicidios. Sin embargo, un dato no menor es que, paralelamente a esta frustración amorosa –el documental no precisa fechas– el joven habría tenido su iniciación sexual –bastante tardía por cierto. La historia arroja así sobre la mesa las piezas sueltas del enigmático puzzle.

Frente a lo que aparece como un no saber qué hacer por parte de Bundy con las mujeres, todo parece indicar que Ted se las ingenia para encontrar ahí un saber: violarlas y matarlas. He ahí la solución al problema que representa la sexualidad femenina para este parletre.

Del deseo vouyer de espiar al anochecer a las mujeres del vecindario en sus dormitorios a la tierna edad de diez años, al asecho adulto de jovencitas a las que abordar por la fuerza y la violencia hasta hacer de ellas un cuerpo inerte. He ahí el movimiento en aras de la realización de un fantasma que fue sufriendo mutaciones a lo largo de los años. Realizado siempre con el mismo apetito voraz.

Bundy lo dice claramente: hay en el asesino serial del que él sólo habla en tercera persona, un apetito insaciable. Hay en ese enjambre parafilico un desintrincado deseo oral por fuera de cualquier regulación fálica.

Bundy se convierte en un asesino sin piedad. Sin embargo, ¿alcanza la perversión –ni siquiera ya hablamos de psicopatía– para dar cuenta de la posición asumida con relación al goce en juego en la escena del crimen? ¿Y si acaso ella ofreciera una precaria y reprochable solución a una inquietante y no manifiesta psicosis? ¿Y si esta fuera sólo la maniobra con la que el sujeto se hubiera salvado de una existencia melancólica haciendo pasar la dimensión de la angustia y del dolor al campo del Otro? Insondable decisión del ser por la que T.B. respondió pagando con su vida –no sin intentarlo todo, antes de aceptar su final.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Berlinger, J. (2019). *Conversaciones con asesinos. Las cintas de Ted Bundy*. Estados Unidos: Netflix.
- Bielba, A. (2007). *Jack, el Destripador y otros asesinos en serie*. Madrid: Edimat.
- Boiza, J.C. (2022). *Jack, el Destripador. El mito equivocado*. Madrid: Oberon.
- Delgado, J. (2016). *Informe policial. La verdadera identidad de Jack, el Destripador*. Santiago de Chile: Bubok Publishing.
- Douglas, J. & Olshaker, M. (1995). *Cazador de mentes*. Barcelona: Crítica.
- Freud, S. (1905) Tres ensayos de una teoría sexual. *Obras Completas. Vol VII*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Krafft Ebing, R. (1886). *Psicopatía sexual*. Buenos Aires: Ediciones Progreso y Cultura. 1942.
- Lacan, J. (1955). *El Seminario. Libro 3*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1969). *El Seminario. Libro 16*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1973). *El Seminario. Libro 20*. Buenos Aires: Paidós. 2010.

- Llull Casado, V. (2021a). La temporalidad del crimen. *Anuario de Investigaciones*. Buenos Aires: Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires.
- Llull Casado, V. (2021b). El crimen serial leído desde la temporalidad. *Anuario de Investigaciones*. Buenos Aires: Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires.
- Llull Casado, V. (2020). De la crueldad al sadismo. www.psicocrimen.com.ar
- Maleval, J.C. (2011). Fantasma necrófilo y estructura psicótica. *La sociedad de la vigilancia y sus criminales*. Madrid: Gredos.
- Ressler, R. & Shachtman, T. (1998) *Dentro del monstruo*. Buenos Aires: Epulibre.
- Rosewood, J. (2015). *Edmund Kemper: the true story of the co-ed killer. Historical serial killers and murderers*. Create space independent publishing platform. Recuperado de www.amazon.com
- Tendlarz, S. & García C.D. (2008). *A quién mata el asesino?* Buenos Aires: Grama.

Fecha de recepción: 13 de mayo de 2023
Fecha de aceptación: 24 de agosto de 2023